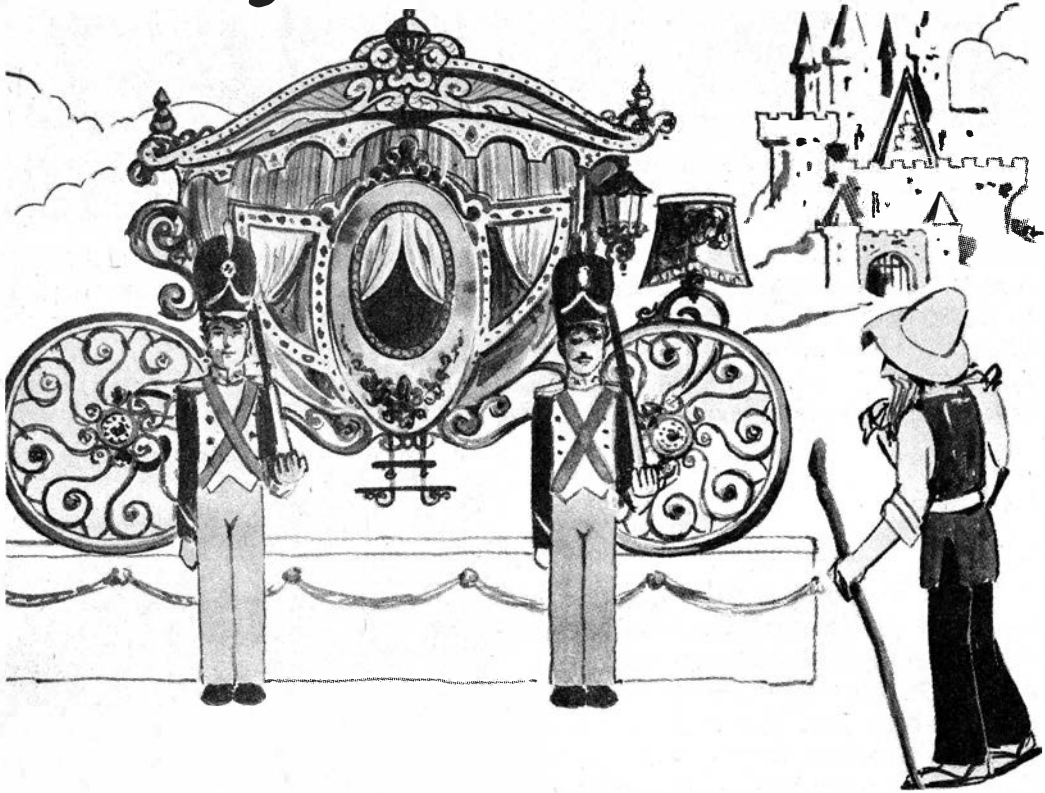


Un agua de Mayo y Dos de Abril

(Cuento)



En tiempos muy remotos vivió un rey que reinaba en un país inmensamente rico. En aquel reino el pueblo nadaba en la abundancia. Como todos tenían ganancias muy grandes pagaban impuestos altos. Así el rey era cada vez más rico y poderoso.

No sabiendo en qué gastar su dinero, el rey quiso que le construyeran algo que causara la admiración de todos. Debía ser algo que tuviera un valor más grande que cuanto se conociera en el mundo.

Los ministros se reunieron una y otra vez para decidir qué era lo que se debía construir. Por último uno de ellos fue a ver al rey y le dijo:

—Majestad, yo haré construir una carroza que será la cosa más lujosa y rica que jamás se haya visto.

—Está bien —respondió el rey—. Disponga de todo el dinero que necesite y construya esa carroza. Pero le advierto una cosa: si a juicio de todo el pueblo la carroza no es de un valor sin igual, le costará la cabeza.

Se necesitó todo un año de trabajo, pero al fin la famosa carroza estuvo lista. Estaba hecha con las maderas más finas del mundo y recubierta de oro y piedras preciosas.

El pueblo fue convocado para juzgar aquella obra. Expertos en todos los oficios acudieron a dar su opinión y no encontraban palabras para alabar aquella obra maestra. La gente, entusiasmada, aplaudía.

Pero en medio de la gente, había un viejo campesino venido de muy lejos, curtido por el sol. Mirando hacia el suelo, el hombre sacudía la cabeza y sonriendo con los ojillos hundidos entre las arrugas, decía:

—Vale más un agua de mayo y dos de abril que esa carroza.

Un guarda lo oyó y, agarrándolo por la nuca, lo llevó a empujones ante el rey.

—¡Majestad! —gritó—. Aquí hay un hombre ignorante a quien no le satisface su carroza.

El rey miró al viejecito, que se apoyaba en un leño que usaba como bastón, y después de escuchar su opinión exclamó:

—Este hombre está loco; habla de un agua de mayo y dos de abril. Pero, ¿qué puede valer el agua de lluvia? Cae del cielo y nadie la recoge; corre por los ríos y se va al mar. En fin, no entiendo sus palabras.

—Majestad —repuso el campesino— yo, que vengo del campo, entiendo de riquezas mucho más que sus ministros. Si usted fuera campesino me habría entendido. Pero como no lo es, tenga paciencia y aguarde que finalice el verano. Entonces le explicaré mis palabras.





Como apenas estaba comenzando el verano, el rey tuvo que aguardar varios meses para ir a hablar con el campesino. Y entonces el viejo campesino le mostró los campos que, a finales de abril, sufrían bajo un sol demasiado ardiente.

—Si no llueve dentro de poco tiempo, se perderán los sembrados —explicó el campesino—. Pero mire allá hacia el mar; mire aquella gran nube blanca que avanza: esta noche o mañana tendremos lluvia. Cuando haya llovido un par de días vuelva a visitarme y acuérdesese de lo que dije de su carroza.

Llovió, en efecto, durante dos días y dos noches, despacio, despacito, de modo que la tierra tuvo tiempo de absorber el agua. Los sembrados, sedientos, bebían aquella bendición del cielo. Hasta los animales de los establos aspiraban, mugiendo de alegría, aquel aire húmedo que les traía el olor de la hierba, prometiéndoles abundancia de pastos.

Cuando al tercer día despuntó el sol, los campos resplandecían. Los árboles, cuajados de gotas de rocío, parecían grandes lámparas, en las que el sol encendía miles de luces diminutas.

¡Mire! —dijo el viejo campesino al rey, que había venido a visitarlo—. ¿Qué puede valer más que la primera lluvia de abril para los campos? Pues aguarde la segunda y verá algo mejor.

Y la segunda lluvia repitió el milagro de la primera. Y finalmente llegó mayo. El sol lanzaba sobre el mundo torrentes de calor y el campo necesitaba todavía más agua. Y llegó la lluvia y dio tal fuerza a las plantas que aquel año los frutos de la tierra se dieron mejor que nunca. Y después de recoger las cosechas

y de hacer cuentas, se vio que sólo los impuestos que los agricultores pagaron al rey sumaban más que los gastos que se hicieron para fabricar la carroza.

El rey ordenó que trajeran al viejo campesino al palacio y mandó a llamar también al ministro que había propuesto la construcción de la carroza. En cuanto el ministro llegó le dijo:

—Señor, usted se equivocó. Desde este momento su puesto será ocupado por este viejo campesino, que demostró ser el más sabio de mi reino.

El ministro se deshacía en disculpas, tratando de justificarse. Pero el rey lo interrumpió diciéndole:

—Ya es tarde para lamentaciones y después de todo no le va a ir tan mal. Le advertí que si fallaba le costaría la cabeza, pero lo único que va a perder es el puesto.

En eso el viejo campesino intervino diciendo:

—Majestad, no le ponga ningún castigo a su ministro, pues no tiene más culpa que usted. El error está en que ninguno de los dos sabe lo que es el campo. Vayan al campo de vez en cuando y no sólo ganarán salud, sino que siempre aprenderán algo.

El rey entendió la lección y, como era amante de la justicia, no protestó. Pidió disculpas al ministro y después le dijo al viejito:

—Dígame ahora sus deseos y le concederé cuanto me pida.

—Ya que quiere ser tan generoso —dijo el campesino—, deme un poco de su tabaco perfumado.

El rey, en el colmo del asombro, ofreció al viejo sabio su tabaquera. El campesino hundió en ella el dedo índice y el pulgar, tomó un puñado de tabaco y lo aspiró con gran gusto. Después, haciendo una reverencia, se despidió del rey y se alejó del palacio, por donde no le vieron nunca más.

